

Una mirada aplicada: los espacios relacionales de la mediación

Ignacio BOLAÑOS CARTUJO
Universidad Complutense de Madrid
jibolanos@psi.ucm.es

Inmaculada URRUELA ARNAL
Universidad Autónoma de Madrid
inmaurruela@msn.com

Recibido: 04/06/2012

Aceptado: 13/11/2012

Resumen

A través del relato de un caso se pretende incidir en aspectos poco habituales en el análisis de los procesos de mediación como las expectativas previas de los participantes, sus pensamientos en los momentos clave de las conversaciones o lo que ocurre entre sesiones. La propuesta es que la mediación, como proceso personal comienza antes del primer contacto con la persona mediadora y finaliza mucho después del último encuentro. La mediación tiene momentos de especial intensidad entre sesiones y muchos de los cambios que se producen van más allá de la interacción directa con la persona mediadora. Asimismo se analizan factores a tener en cuenta en los procesos de transformación de dinámicas confrontativas en dinámicas de colaboración en conflictos judicializados y se propone como técnica relevante el empleo de metáforas que faciliten espacios transicionales de encuentro entre los participantes.

Palabras clave Mediación familiar, estudio de caso, empleo de metáforas

Relational spaces of mediation

Abstract

Across the statement of a case, this paper tries to affect in slightly habitual aspects in the analysis of the processes of mediation as the previous expectations of the participants, his thoughts in the key moments of the conversations or what happens between meetings. The offer is that the mediation, since personal process begins before the first contact with the mediating person and it finishes very much after the last meeting. The mediation has moments of special intensity between meetings and many of the changes that take place go beyond the direct interaction with the mediating person. Likewise factors are analyzed to bearing in mind in the processes of transformation of confrontative in collaborative dynamics in conflicts with and judicial previous origin. And propose as relevant technology employment of metaphors that facilitate transitional spaces of meeting between the participants.

Keywords: Family mediation, study of case, employment of metaphors.

Referencia normalizada

Bolaños, I, Urruela, I. (2013). "Una mirada aplicada: los espacios relacionales de la mediación". *Política y Sociedad*, Vol.50: páginas. 195-214

Sumario: 1. Mediando con fantasmas. 2. Donde la mediación comienza. 3. Alrededor de la mesa que une. 4. Triángulos: Cuando dos más uno no son tres. 5. En mitad de ninguna parte. 6. El inicio formal de lo que ya está en marcha. 7. Dibujando el futuro. 8. Volviendo al inicio de la mediación. 9. Desjudicialización familiar. 10. Entre la no directividad y la directividad. 11. Metáforas.
BIBLIOGRAFÍA

La relación mediadora es un proceso que trasciende los encuentros personales que se producen entre las personas mediadoras y las partes. Se trata de una variedad de espacios posibles que se inician incluso antes del primer encuentro, que se suceden entre el primero y los demás, y que continúan una vez finalizados los mismos. La relación mediadora está presente en los encuentros privados con las partes, en los encuentros entre las partes (sin la presencia de la persona mediadora), en los diálogos internos de éstas e incluso en el trabajo con una sola de las partes cuando la otra no desea participar. Nos proponemos, por tanto, explorar los límites de la mediación desde la perspectiva de amplificar y flexibilizar los espacios de diálogo, centrándonos en aquellos que se producen más allá del contexto físico y temporal que tradicionalmente se ubica en el despacho de mediación.

1. Mediando con fantasmas

"Lo maravilloso que tienen los niños, es que pueden enseñarte solamente un lenguaje de imágenes. He aquí por qué se pusieron de acuerdo para reunirse en una habitación y escribirte el libro de sus fantasías. Fantasías que ya no lo eran. Ellos las habían creado de muy pequeños, cuando también ellos estaban encerrados en una habitación distinta. Al oír disputar a sus padres con frecuencia..." (Saccu, 1990).

Así hicieron Carlos (10 años) y su hermana Raquel (8 años). Sus padres se habían separado recientemente y ellos se habían propuesto no dejar a ninguno en soledad. Carlos continuaba viviendo con su padre y Raquel lo hacía con su madre. Carlos no quería ver a mamá porque la consideraba culpable de la ruptura. Raquel no quería ver a papá porque no dejaba a su hermano ir a la casa de sus abuelos, donde ahora vivía con su madre. Hacía meses que Carlos y Raquel no hablaban. Cuando el mediador los conoció, junto a sus padres, se sentaron el uno al lado del otro. Mientras hablaban los adultos, ellos dibujaban. Carlos hizo un fantasma con trazos rápidos. Raquel miró lo que hacía su hermano y dibujó otro fantasma. Ellos proporcionaron una valiosa metáfora sobre lo que estaban sintiendo. Todos pudieron entonces hablar de los fantasmas de la separación, el abandono, las nuevas parejas. Al final de aquel encuentro, el mediador preguntó a los niños:

— Bueno, ¿y qué hacemos con los fantasmas?

Raquel hizo una pelota con su dibujo. Carlos miró dubitativo a su hermana, dobló cuidadosamente su hoja y la dejó sobre la mesa. Cuando ellos ya no es-

taban, el trabajo de mediación con sus padres tuvo como referencia la imagen que sus hijos les habían regalado.

En ninguno de los casos ellos habían dejado de querer a sus padres. Pero la tristeza que sentían por lo que había pasado era muy intensa. Nadie les había dado explicaciones, y las que recibieron eran muy contradictorias. Su familia se rompió y nadie hablaba de dolor. Solo de rabia. Pero ellos sentían lo que su madre sentía y lo que su padre sentía, aunque ninguno lo podía reconocer. En el fondo, todos compartían los mismos fantasmas.

La mediación familiar fue un espacio adecuado para desenmascarar esos temores. La participación de los niños en el proceso también ayudó a poner nombre a los propios fantasmas del mediador.

“La inestabilidad y tensión de la relación produce en los niños un miedo intenso. Al que responden de varias formas, dejando solos a los padres para que puedan ventilar sus diferencias; o volviéndose sumamente dependientes; o implicándose en sus problemas; o desarrollando ellos mismos un problema como maniobra de diversión” (Navarro, 2000)

2. Donde la mediación comienza

Era otoño. Todo había surgido de manera imprevista. Los padres y sus abogados habían tenido un encuentro con el juez que debía decidir sobre las relaciones futuras de la familia. En ese encuentro se había hablado de la posibilidad de intentar un acuerdo. Aunque la abogada de él y el abogado de ella sí estaban de acuerdo en algo, y era en el escepticismo hacia un improbable arreglo. A pesar de ello, algo les hizo asentir al mismo tiempo cuando el juez les preguntó si aceptaban acompañar a sus clientes a una *sesión informativa sobre mediación*. Previamente, la madre y el padre de Raquel y de Carlos habían hecho un gesto de indecisión cuando el juez les había formulado la misma pregunta. Sus miradas se habían cruzado un instante (por primera vez ¿desde cuándo?) cuando buscaban las de sus abogados.

— La misma mirada de siempre -pensó ella-. Nunca sabes lo que esconde.

— No ha perdido el brillo de sus ojos -pensó él-. Esos ojos...

Probablemente sus recuerdos se fueron muy lejos, tal vez a lugares no coincidentes pero no muy distantes. Ella notó calor en sus mejillas y él algo en el estómago. La mezcla de emociones producía en ellos un resultado difícilmente explicable que convertía los gestos de sus abogados y las palabras del juez en imágenes y sonidos lejanos.

— ¿Perdón? —dijo ella y enseguida se hizo cargo de que no venía a cuento.

El juez levantó un momento sus ojos por encima de sus gafas (“de juez”, había pensado él) pero no interrumpió lo que estaba diciendo. Más bien terminó de hacerlo.

— ...entonces el proceso se interrumpe en espera de que ustedes intenten llegar a un acuerdo. Creo que es una buena opción.

Los dos habían dicho que sí. Ella no oyó el de él ni él escuchó el de ella. Pero lo habían dicho. No era la primera vez que eso ocurría. La sonrisa de él dela-

taba el recuerdo, y el gesto dubitativo de ella lo buscaba. No era la primera vez, pero esa es otra historia.

Regresaron a sus casas pensando en lo que había ocurrido.

Ella se despidió con dos besos de su abogado.

— Recuerda que el lunes nos vemos en la “sesión informativa”. No te preocupes por lo que tienes que decir. Solo tienes que escuchar y después ya veremos. El juez ha dejado claro que no hay ningún compromiso. Vamos a ver qué nos dicen.

Aquel abogado era joven, más joven que ella, pero no parecía inexperto. Daba la impresión de saber muy bien por dónde se movía. Como si el juzgado fuera su casa y los funcionarios sus vecinos. Saludaba a todo el mundo y el mundo le correspondía. Por un momento pensó que era atractivo. Pero solo un momento porque sus pensamientos estaban en otro sitio. Mientras se secaba las lágrimas, aceleró sus pasos. Quería descansar un rato en casa antes de recoger a Raquel del colegio.

— Carlos, cariño, ¿qué te han hecho? ¿Por qué no quieres vernos?

Él le había dado la mano a su abogada y se había despedido de ella de una forma distante. No estaba convencido de que lo que acababan de hacer en el juzgado fuese lo mejor. De hecho, no entendía por qué ahora tenía que hablar con ella. Había sido doloroso volver a verla. Lo único que deseaba es que el juez resolviese algo. ¿Pero qué? La situación no era fácil. Su hijo no quería ver a su madre ni a su hermana. Él no podía obligarle, pero echaba de menos a la niña. Hacía casi un mes que no hablaba con ella. ¿Y cuánto hacía que no la abrazaba? Era demasiado. Y el juez decía que ellos tenían que hablar. ¿Iba la mediación a servir para volver a reunir a su familia? ¿Iba el mediador a convencer a la madre de sus hijos de que tenía que volver a casa? Las preguntas sin respuesta le llevaron hasta su lugar de trabajo. Apenas tuvo tiempo para tomar un café antes de empezar.

Ni ella ni él eran conscientes todavía de que la mediación se había iniciado ya. En sus vidas se había creado un nuevo escenario, un lugar que por el momento era solo imaginario pero que, desde el principio, comenzaba a dar sus resultados. El hecho de pensar en encontrarse y hablar hizo que ambos comenzasen, casi sin darse cuenta, a diseñar ese espacio. Cada uno de los dos imaginaba las posibles conversaciones que podían llegar a producirse, sentía las inevitables emociones que surgían en el diálogo e incluso anticipaba algunas inciertas conclusiones. Las preguntas se agolpaban en sus imágenes, entremezcladas con las de sus hijos y la de esa nueva figura, aún desconocida que iba a intentar facilitar la comunicación entre ellos.

Sí. La persona mediadora era un fantasma todavía, pero ambos empezaban a ponerle cara, a escuchar sus palabras aún no pronunciadas, a esperar sus sugerencias o tal vez su luz en un camino que había que descubrir. Meses después, cuando todo estaba en otro sitio, reconocían que esos eran los primeros momentos de su mediación.

“Cuando las personas están distantes, alienadas, cuando se sienten pequeñas o indefensas, temen la vulnerabilidad y la necesidad de los demás y sueñan con encontrar personas afectivas, competentes, divinas que dan sin necesitar nada a cambio. Cuando estas mismas personas experimentan la cercanía y la intimidad, la necesidad de

una persona alimenta a la otra porque se experimenta como calidez” (Beavers y Hampson, 1995).

3. Alrededor de la mesa que une

El día del primer encuentro llegó muy rápido. Casi sin darse cuenta volvieron a verse de reojo en la sala de espera del servicio de mediación. No se saludaron. Solamente los abogados se decían cosas intrascendentes. Alguien desconocido salió a recibirlos y entró con ellos en el despacho. El desconcierto de ambos marcó los primeros momentos. Una serie de preguntas sucesivas recorrían el espacio a la vez que emociones diversas lo coloreaban de matices indefinidos. El cuadro era impresionista. No cabía duda. El de la pared y, sobre todo, el que ellos estaban protagonizando desde sus diálogos internos:

¿Vamos a estar juntos? ¿Pero se quedan los abogados? ¿Hay que sentarse? ¿Y el mediador?

Las dudas no tardaron en despejarse. Esta vez el escenario era diferente. Alrededor de una mesa redonda, se dieron cuenta de que el hecho de poner en medio a sus respectivos abogados no los separaba sino que producía el efecto contrario. Ahora estaban sentados cara a cara. Si levantaban su mirada podían encontrarse con la del otro. Así que no lo hicieron. Ambos se percataron enseguida de que la persona que había salido a recibirlos estaba también en la mesa. También estaba entre los dos. Era el mediador.

La incertidumbre se convirtió en algo diferente, difícil de describir, pero más tranquilizador. El mediador había comenzado a hablar y ellos, por el momento, no tenían que hacerlo. Tampoco eran del todo conscientes de todo lo que iba diciendo. Sus palabras transmitían calma y seguramente lo que decía era importante. Pero los oídos de ella y los de él, en aquel momento, eran extremadamente sensibles a muchas más cosas. Los latidos de sus corazones interferían con las palabras del mediador, el traje de la abogada al moverse en su silla recordaba las olas del Cantábrico en invierno (él recordó aquel paseo ¿junto a qué faro?); los zapatos impecables del abogado martilleaban nerviosos con el suelo bajo la mesa (ella recordó aquella canción sobre una gota de agua en la cocina ¿cómo decía?). Y el mediador hablaba de diálogo, entendimiento, oportunidad, confidencialidad... Más olas entre las rocas (¿cómo demonios se llamaba aquel faro?), más gotas de agua sobre los cacharros (¿pero de dónde salían?).

— ¿Cómo lo veis? ¿Tenéis alguna duda? -Las preguntas hicieron que volviesen a centrarse en el motivo por el que estaban en aquella mesa.

Curiosamente sus respectivos viajes no habían impedido que su atención captase algunas de las ideas que había transmitido el mediador. Eran incompletas, es cierto. Si hubiesen tenido la oportunidad de juntarlas, tal vez hubiesen recogido con bastante fidelidad lo que él había intentado transmitirles. Pero no fue así. Los que hablaron fueron los abogados. Ambos coincidieron en que ya se había intentado un acuerdo en diversas ocasiones pero que no había sido viable. También coincidieron en que sería lo más deseable, pero era muy difícil. En cualquier caso, eran sus clientes quienes tenían que decidir si lo intentaban.

El mediador reconoció que las palabras de los abogados eran positivas y así se lo hizo saber. De nuevo se dirigió a los padres, pero mirando a los cuatro (una rara habilidad que desarrollan los mediadores no sin dedicarle mucho entrenamiento):

— ¿Os parece que hablemos de ello? Pero, si no os importa, me gustaría hacerlo a solas con vosotros dos. Los abogados nos pueden esperar fuera. Como movidos por el mismo resorte, se miraron de dos en dos. Cada abogado miró a su cliente y viceversa. Los cuatro asintieron y los abogados salieron.

4. Triángulos: Cuando dos más uno no son tres

“El *triángulo* es la base de la estructura de todo sistema emocional. Cuando la tensión emocional de un sistema formado por dos personas supera un nivel dado, *triángula* a una tercera persona, permitiendo que la tensión se desplace dentro del triángulo. Toda pareja de personas en el triángulo originario puede formar un nuevo triángulo que se agregará a los demás. Un sistema emocional está formado por una serie de triángulos independientes. El sistema de tensión se puede desplazar a uno cualquiera de los viejos circuitos preestablecidos y se resolverá automáticamente cuando esté contenido en un sistema de tres, en el cual uno de ellos permanece emocionalmente distante” (Bowen, 1991)

Una vez a solas con la pareja (de padres), el mediador eligió su pregunta. Más bien no era una pregunta, porque no esperaba una respuesta:

— No sé cuándo fue la última vez que os sentasteis a hablar, juntos...

Efectivamente, no hubo respuesta. Sí algunos gestos de incertidumbre, de dudas. Ella le miró a él como si esperase que él hablara. Pero él miraba fijamente al mediador.

— Tenemos que agradecerle al juez —prosiguió con calma—, que os haya ofrecido esta oportunidad. Una oportunidad para hablar, y para decidir, pero solamente si ese es vuestro deseo. ¿Para hablar de qué? —Él mismo se preguntó y se contestó a sí mismo—. Para hablar de todo aquello que queráis. Especialmente de vuestros hijos. Habéis acudido al juzgado para que un juez decida, pero el juez os da la posibilidad de que lo intentéis vosotros. Tal vez porque considera que nadie conoce mejor a vuestros hijos...

Ella primero, y él después, preguntaron sobre las consecuencias de participar en este diálogo (y las de no participar), por la duración posible, por la presencia de los abogados o de los hijos. Y, por supuesto, por la participación del mediador. Éste les aclaró cuál era su función: de acompañamiento, de facilitador de la comunicación, de promotor de decisiones. También les transmitió que los pasos se darían conjuntamente y que las decisiones las tomarían entre todos, pero sobre todo ellos. Así, la participación de los abogados o de los hijos eran cuestiones que podían hablar (y así lo hicieron) y sobre las que podían decidir. También fue necesario hablar sobre la forma de hablar, sobre el respeto, la escucha...

Este primer encuentro no podía alargarse mucho más. Los abogados esperaban fuera y, sobre todo, era la primera vez que hablaban después de mucho tiempo. El mediador sabía que lo más importante no era solamente lo que se

hablaba, sino lo que se sentía, lo que después de la sesión hablarían con sus abogados, lo que pensaría cada uno de ellos, lo que volverían a sentir... Así que, con el permiso de ellos, volvió a llamar a los abogados. Hizo un resumen ante los cuatro de lo que se había tratado, elogió los esfuerzos de todos, se aventuró a pronosticar una posibilidad de diálogo y les ofreció la opción de un nuevo encuentro al que solamente acudirían los padres (algo que ya había acordado antes con ellos). Dejó claro que no había ningún compromiso y que, si volvían, lo hacían voluntariamente.

El abogado de ella preguntó si el próximo encuentro ya sería de mediación (ya que éste era una “sesión informativa”). El mediador, mirando a cada una de las partes y a los dos abogados contestó que este “encuentro previo” aún no había terminado. Ellos necesitaban un poco más de tiempo para decidir si comenzaban con la mediación. Así que el próximo también sería un encuentro preliminar.

Cuando se fueron, el mediador se quedó pensando en la última pregunta que había hecho a los padres, antes de que entrasen los abogados:

— ¿Contaréis a vuestros hijos algo de este encuentro?

Los dos habían contestado que no (en principio) y el mediador dudó si promover que les hablasen de algo positivo, pero finalmente no lo hizo. Ahora pensaba que hubiese estado bien hacerlo. Tal vez no volviesen el próximo día, como ocurre muchas veces con las familias que acuden a mediación desde el juzgado. Tal vez este encuentro no había sido una oportunidad única, sino la única oportunidad y si al menos se hubiesen ido con la propuesta de decirles algo positivo a sus hijos, ya sería algo importante. Pero, como también suele ocurrir, el mediador se quedó a solas con sus dudas.

5. En mitad de ninguna parte

La siguiente reunión se produjo una semana después. Ella y él llegaron casi al mismo tiempo, esta vez sin acompañantes. El mediador salió a recibirlos a la sala de espera y los acompañó hasta su despacho. La mesa tenía las mismas sillas que en el anterior encuentro (cinco) y cada uno de ellos ocupó la misma que había ocupado anteriormente. Así pues, entre él y ella quedaron los sitios vacíos de sus abogados.

— ¿Qué tal han ido las cosas esta semana? —preguntó el mediador sabiendo que no era una pregunta de rigor.

— Normal —ambos hicieron un gesto parecido que podría indicar algo así como “sin grandes novedades” o “no ha pasado nada relevante que merezca la pena ser contado” o incluso “por si te habías hecho ilusiones en sentido contrario, nada ha cambiado desde que nos vimos”.

— Bueno. Eso es que las cosas no han ido a peor —trató de reformular ingenuamente el mediador.

— Pero no han ido a mejor —dijo él y casi saltó de su silla al decirlo-. Yo pensaba que lo del otro día había sido un paso de buena voluntad por los dos y esta semana llamé a mi hija por teléfono y nada. Lo de siempre... -su voz se quebró un instante, lo que aprovechó ella para contestar.

—¿Eso es lo que entiendes tú por buena voluntad? Aquí no habíamos acordado nada sobre las llamadas y tú llamaste sabiendo que la niña no quiere hablar contigo. Eso es lo de siempre, te tomas las cosas como a ti te parece. Y luego te quejas —ella estaba indignada por lo que él había dicho.

El mediador intervino para rescatar las alusiones a la “buena voluntad” de él y a la “necesidad de acordar” de ella. Dos ingredientes del diálogo que les había propuesto en el primer encuentro y sobre el que tenían pendiente una decisión. También reconoció las expectativas que cada uno de los dos parecía haberse hecho en ese sentido, lo que justificaba su malestar anterior. Les recordó que habían dicho que no hablarían con sus hijos, de momento, y les preguntó si había sido así. Él, un poco más calmado, señaló que tuvo una breve conversación con Carlos (“salió por casualidad”). Le dijo que había visto a su madre. Pero, según explicó, el niño mostró cierta indiferencia. Él le añadió que iba a hablar con ella para “arreglar las cosas”. Fue entonces cuando su hijo le preguntó:

— ¿Qué cosas tenéis que arreglar? —y esperó que su padre encontrase una respuesta adecuada.

— No sé —dubitativo—. Las cosas nuestras... y vuestras.

Carlos pensó en preguntarle si se trataba de volver a vivir todos juntos otra vez. Pero no lo hizo. Ahí se terminó la conversación y, como si de una secuencia de cine se tratase, las hojas de los árboles formaron una imagen indescriptible tras la ventana.

Mientras recordaba las palabras de su hijo, oyó cómo el mediador valoraba positivamente que esa conversación se hubiese producido a la vez que dirigía su mirada hacia ella y buscaba su asentimiento.

Sí. Ella también había hablado con Raquel. El día que su padre llamó por teléfono. Como en otras ocasiones le había preguntado a la niña si quería hablar con él y ésta se había negado.

— Tendrías que hablar con papá —le había dicho, pero la niña se negaba con rotundidad.

— Él no deja a Carlos que nos vea, así que no voy a hablarle hasta que le deje. La madre no sabía cómo responder en estas situaciones. Si bien era ella quien, en un momento de enfado, le había dicho a su hija que Carlos no quería verlas porque su padre se lo impedía, también era verdad que no le gustaba nada escuchárselo decir a la niña.

— No digas eso, Raquel. Creo que pronto le vamos a ver —y se quedó pensando en lo que acababa de decir mientras observaba los ojos enormes de su hija que la miraban como signos de interrogación.

— ¿Qué has dicho, mamá? —y se dio cuenta de la inquietud de su madre que no tuvo más remedio que contestar.

— Estuve hablando con papá y creo que las cosas van a mejorar —lo había dicho aunque no quería, pero de repente sintió un extraño bienestar.

— ¿Qué cosas?

Y las dos se quedaron en silencio observando las caras de las nubes que sonreían más allá del reflejo que las suyas formaban en el cristal de la ventana.

El mediador también reconoció positivamente esta conversación y, con cierto tono de humor, señaló el incumplimiento del primer acuerdo al que habían

llegado en el anterior encuentro. Observó a continuación que, por lo que ambos señalaban, daba la impresión de que sus hijos también tenían algunas expectativas sobre un posible diálogo. Y aprovechó la situación para resaltar el momento de escucha mutua que se acababa de producir y preguntar:

— ¿Qué pensarían los niños si os viesen en este momento?

Ella contestó que no se lo creerían. Y él, sonriendo por primera vez, dijo que se quedarían muy sorprendidos.

— Pero... -insistió el mediador- si se lo creyesen un poco, y después de la sorpresa, ¿qué verían?

— No sé, unos padres que hablan –contestó ella con incredulidad.

— Sí. Eso sería lo normal, pero... -él también dudaba.

— Pero eso es lo que estáis haciendo ¿no?: hablar como padres de vuestros hijos -añadió el mediador-. Aunque tenéis una decisión pendiente, es decidir si queréis hablar de esta manera, con estas condiciones...

— Lo estamos haciendo –interrumpió él.

— Ya, pero...-volvió a mirarlos a los dos al mismo tiempo- ¿queréis hacerlo?

— Podemos intentarlo –musitó ella.

— Podemos intentarlo –repitió él.

— Yo aún diría más. Podéis intentarlo –y sonrió pensando si la seriedad de ellos querría decir que no sabían de dónde venía la frase o que no era momento para el humor.

6. El inicio formal de lo que ya está en marcha.

Tras la firma del acuerdo de inicio de la mediación, el mediador declaró abierta la misma. Sabía que este era un aspecto formal y necesario. Era importante expresar el compromiso de aceptación, de participación voluntaria, de confidencialidad...pero también sabía que la mediación había empezado hacía tiempo. Así que se trataba de continuar, aunque el escenario era ahora más sólido.

— Así pues, habéis decidido qué queréis hablar. ¿Y sobre qué os gustaría hacerlo?

No tuvieron mucho que pensar. En esos momentos, lo único de lo que creían que podían hablar era de sus hijos, de la relación entre ellos, de que pudieran verse, de que pudieran estar juntos...

Hablar de lo que se iba a hablar generó algunas nuevas tensiones que el mediador intentó manejar proponiéndoles que, por el momento, podían pensar en los temas pero no profundizar en ellos hasta que todos estuvieran sobre la mesa (y recordó las palabras de Aldo Morrone cuando hablaba del “sobrevuelo”). Así lo hicieron y no fue mal.

El encuentro terminó con el compromiso de un nuevo encuentro y con el acuerdo de que cada uno de los dos iba a transmitir a sus hijos que iban a iniciar un diálogo sobre el futuro de la familia y que los dos querían que se normalizasen las relaciones entre todos ellos. Costó pactar este discurso. No por falta de voluntad, pues los dos expresaban su deseo de que así fuese, sino por

la dificultad de encontrar las palabras adecuadas con las que decir lo que se quería decir sin responsabilizar ni culpabilizar a nadie.

El mediador señaló que este era un gran acuerdo por el que debían felicitarse, y pensó que no debía alargar más el tiempo. Pero, cuando se disponía a proponer el cierre, ella hizo una pregunta sorprendente:

— ¿Y no vamos a hacer nada para que se vean los niños? —Ahora era ella quien miraba a los otros dos.

Ante el gesto de sorpresa de él, el mediador podía haber esperado su respuesta, pero no lo hizo y se dirigió a ella:

— ¿Qué te gustaría hacer?

Entonces ella se dirigió directamente a él. Era la primera vez que lo hacía de esa manera.

— Yo ya no aguanto más. ¿Hasta cuándo vamos a permitir que los niños no estén juntos? Quiero ver a Carlos. Quiero que esté con su hermana. Quiero... - y ya no pudo seguir porque las lágrimas inundaron sus ojos y el llanto paralizó sus palabras. Era un llanto intenso, como si estuviese llorando de golpe lo que había acumulado durante mucho tiempo. Y es que, hasta entonces, el mediador se había sorprendido por los gestos de dureza de ella, gestos que seguramente eran una expresión forzada hacia él, el padre de sus hijos, y su extrema imperturbabilidad.

Las emociones estaban ahí. El mediador lo sabía y se había extrañado de que no hubiesen salido antes, pero también se había sorprendido de que saliesen en ese momento. Después, cuando los dos ya se habían ido, pensó que no era tan extraño y que no era la primera vez que ocurría. Recordó otras ocasiones en que, en el último momento, cuando se cerraba un principio de acuerdo o incluso cuando se firmaba el gran acuerdo, las emociones que no habían salido hasta entonces aparecían como reclamando su derecho a estar. Indicaban así, al mediador y a las partes, que no era fácil terminar un proceso de mediación sin dedicarles un espacio y un tiempo. Y esa era la manera que tenían de reclamar su momento.

El mediador permitió el desahogo de ella mientras observaba cómo él no se inmutaba. Era realmente difícil adivinar sus pensamientos. Pero él también estaba esperando y su actitud de aparente distancia era de auténtico respeto. O al menos eso es lo que pareció cuando, después de unos minutos, logró articular unas palabras.

— Yo también quiero que los niños estén juntos. Yo también echo de menos a Raquel. Pero Carlos está muy dolido contigo y con su hermana. Cree que vosotras habéis armado todo este lío...-se interrumpió por las palabras húmedas de ella.

— Tú le has metido en el lío. Es un niño —ahora miraba al suelo.

— ...saliendo de casa de esa manera —continuó, mirando al mediador, como si no se hubiese producido la interrupción de ella-. ¿Cómo quieres que reaccione un niño que ve que su madre y su hermana se van a vivir a la casa de su abuela sin despedirse, sin explicar los motivos?

El mediador pensó que la ruptura había sido brusca e inesperada para Carlos, y para su padre. También debía haberlo sido para Raquel y ¿por qué no? para su madre. Tal vez nadie se planteaba que las cosas fuesen como habían sido. Tal vez nadie puede nunca decidir cómo se darán ciertos pasos de una manera

calculada. Y mientras pensaba en esto, ellos seguían su conversación particular, casi privada. Podría decirse que en esos momentos se habían olvidado del mediador y que éste podría levantarse y abandonar la sala sin que se diesen cuenta de ello. Así lo hizo, tras permanecer un rato en silencio. Tenía un encuentro con otra familia a continuación y quería asegurarse del horario. Cuando llegó a la puerta, ambos le miraron con curiosidad y, con un rápido gesto circular de su mano y de asentimiento con su cabeza, les indicó que podían continuar. Escuchó un segundo tras la rendija que quedó abierta y vio que todo seguía su curso.

Cuando regresó de nuevo a la sala ellos no se callaron.

— Me fui de casa porque tú me echaste y me fui con la niña porque el niño no quiso venir, pero me habría llevado a los dos. Y eso es lo que quiero hacer — sus lágrimas habían desaparecido definitivamente y ahora se mostraba fuerte en su discurso—.

— Te dije que te fueras porque te habías liado con otra persona...

—¿Pero qué dices? No te enteras de nada. Yo no me lié con nadie. Te dije que me había enamorado de otra persona, pero eso no es liarse. Quise ser sincera contigo y tú te lo tomaste como la gran tragedia...

— Venga, no me cuentes historias...

Ahora se interrumpían uno a otro y la tensión de la conversación había subido hasta un nivel aún manejable. Pero había que terminar.

— Lo siento mucho pero tenemos que dejarlo aquí —dijo con tono suave aprovechando un breve respiro de los dos—. Habéis empezado a hablar. Teníais muchas cosas que deciros pero la separación no os permitió hacerlo. Entiendo que hablar de todo esto era necesario y que era difícil poder llegar a otro tipo de acuerdos que no pasasen por aquí. No sé cómo han podido vivir vuestros hijos esta situación, pero para ellos no ha debido ser nada fácil. A veces los padres no están en condiciones de ocuparse de todos los detalles. No es vuestra culpa. Habéis hecho lo que habéis podido. Vuestros hijos se han repartido y así ninguno de los dos estáis solos. Pero ahora estáis juntos como padres, juntos ante una nueva encrucijada que os ofrece la posibilidad de tomar decisiones sobre el futuro próximo de toda la familia. Comprendo que tengáis dudas sobre si estáis preparados para ello, pero lo más importante es que queráis intentarlo. Esa es vuestra decisión, aunque a mí me parece que ya la habéis tomado y por eso estáis aquí. ¿No es así?

Hubo un corto silencio que se hizo largo. Todos los silencios lo son, cortos y largos al mismo tiempo. Y éste no fue diferente a otros. Pero el mediador no dejó que se alargase como en otras ocasiones.

— ¿Y qué hacemos con los niños? —retomó de otra forma la pregunta que había dado pie a los últimos momentos de la conversación—.

— ¿Podrían encontrarse aquí el próximo día? —sugirió más que preguntó ella. El mediador con su mirada pasó directamente la pregunta hacia él. Este es un gesto que siempre le recordaba al movimiento del *ratón* de un ordenador, cuando se cambia un fichero de sitio en la pantalla. Con sus ojos, tomó los de ella y los depositó en los de él.

— ¿Es posible? —se limitó a preguntar él.

— Es posible si los dos estáis de acuerdo en que lo sea.

Y los dos asintieron al mismo tiempo.

Así fue como se gestó el encuentro familiar. Muchos mediadores dudan sobre la viabilidad de que los niños acudan a mediación. Este también dudaba. La situación en la que parecían encontrarse Carlos y Raquel, en medio de un conflicto de lealtades, le hacía pensar que esto podía servir para incrementar sus tensiones. Pero había sido una decisión de los padres. Los dos estaban de acuerdo y era de esperar que ambos hiciesen lo posible por evitar un mayor sufrimiento a sus hijos. Estaban demostrando que los querían y que eran capaces de ocuparse de ellos a pesar de lo que había ocurrido con su ruptura hasta ese momento. Por otra parte, pensaba, eran una familia. No mucho antes convivían en la misma casa y estaban juntos en muchas ocasiones. ¿Por qué temer que se vieran? Estaba claro que eran sus propios miedos los que le hacían dudar. Miedo a que el encuentro se le fuese de las manos, a que los padres entrasen en fuertes discusiones o en descalificaciones delante de los niños, a que se hablase de cosas que no había que hablar delante de ellos. Pensó que estos miedos chocaban directamente con su idea de la mediación familiar. Es mediación porque ellos, con la ayuda de la persona mediadora, son quienes tienen que hablar y acordar lo que estimen necesario. Y es familiar porque es un diálogo que incluye a toda la familia. ¿Por qué excluir entonces a los hijos? Si estos no pueden participar tendríamos que hablar de mediación parental o de mediación de pareja. Pero los hijos también son parte. En este caso, incluso habían tomado partido. Tenían una opinión, una postura en el conflicto, unas necesidades. ¿Por qué privarles de la posibilidad de hablar con sus padres y entre ellos? Y además ¿qué mejor lugar que el espacio de mediación para hablar en esas circunstancias?

Todo esto pensaba en los días posteriores al último encuentro con los padres y en los días anteriores a ese posible encuentro familiar. Posible porque también le asaltaba la duda de si al final acudirían o alguno de ellos llamaría en el último momento con algún pretexto para proponer una anulación.

7. Dibujando el futuro.

Llegaron todos juntos. El mediador nunca supo si habían coincidido en la entrada por casualidad o si habían acordado encontrarse antes. No lo preguntó y ellos tampoco se lo contaron. Los recibió en la sala de espera. No sintió que hubiese mucha tensión, aunque pensó que los padres hacían un gran esfuerzo por mostrarse relajados.

— Tú debes ser Raquel y tú debes ser Carlos —dijo sonriendo y ofreciendo una mano al mismo tiempo a cada uno de ellos. A Raquel le tocó la izquierda y a Carlos la derecha. Le devolvieron la sonrisa. Nadie diría que hacía tiempo que no se veían.

Los invitó a pasar. Los padres se sentaron donde siempre y los hijos en las sillas que habían ocupado los abogados. Por cierto ¿qué sería de ellos? No habían vuelto a ponerse en contacto con él ni siquiera cuando acordaron la asistencia de los niños. Eso debía ser una señal de que estaban tranquilos con lo que estaba ocurriendo.

El mediador se dirigió directamente a ellos.

— Supongo que ya sabéis porqué habéis venido aquí ¿no?

No contestaron inmediatamente. Los dos le miraban fijamente, aunque Raquel también miraba de reojo a su hermano. Al final fue ella quién contestó en primer lugar.

— A hablar –y no dijo más porqué también contestó su hermano.

— A hablar.

El mediador pensó en preguntarles de qué querían hablar, pero también pensó que era pronto y era pasarles demasiada responsabilidad, así que optó por reconocer positivamente el hecho de que sus padres les hubiesen informado y por hacer un breve resumen de lo que había pasado hasta entonces. Preguntó a los padres si estaban de acuerdo y ambos afirmaron.

Así pues, sus padres habían iniciado un diálogo sobre el futuro de la familia, un futuro en el que, a pesar de vivir separados, querían seguir siendo padres y, sobre todo, querían que ellos siguiesen siendo hermanos. Ahora todos podían pensar juntos en cómo podía ser ese futuro. Y el mediador escribió esa palabra mágica con mayúsculas en el papelógrafo.

Fue entonces, cuando preguntó a todos cómo les gustaría que fuese ese FUTURO, cuando ella, la madre, habló de un tiempo nuevo, un tiempo en el que todos (recalcó “todos”) pudieran asumir que la ruptura era inevitable y que el hecho de vivir en dos casas (y aquí se dirigió especialmente a Carlos) no tenía que ser ninguna tragedia. Y fue entonces cuando el mediador se percató de que Carlos (mientras su madre hablaba) había cogido uno de los folios que había sobre la mesa y uno de los lapiceros de colores y había comenzado a dibujar algo. El mediador dividió su atención entre la escucha a la madre y los trazos del niño y observó que Raquel también estaba pendiente de lo que hacía su hermano y que, unos momentos después, intentaba dibujar algo similar. Cuando la madre terminó de hablar, el mediador hizo un pequeño resumen de lo que había dicho enfatizando sus deseos de una vida nueva en la que las relaciones con sus hijos y entre sus hijos no se viesan dañadas. Y anotó “vida nueva” y “relaciones conservadas” debajo de FUTURO. No pudo evitar, a continuación, dirigirse a los niños y preguntarles sobre lo que estaban dibujando aunque empezaba a darse cuenta de qué se trataba. Carlos había dibujado un fantasma, no cabía duda, y su hermana había hecho lo mismo, pero esperó a que ellos lo confirmasen. Aunque la madre se adelantó:

— ¡Qué dibujo tan bonito Carlos! Y el tuyo también...

No eran precisamente “bonitos”. Más bien habría que valorar el realismo con que estaban hechos (a pesar de tratarse de fantasmas) y, si acaso, decir que eran terroríficos. Pero ni ella ni el mediador podían decir eso. El padre observaba y callaba.

Carlos dio la vuelta a su dibujo y lo puso boca abajo, y él mismo casi adoptó la misma posición. Raquel no.

— Son fantasmas –dijo por fin Raquel.

— ¿Y qué hacen los fantasmas? –preguntó ingenuamente el mediador.

— Meten miedo –ahora miraba a su hermano.

— Nosotros hablamos del futuro y vosotros dibujáis fantasmas –se dirigía a los dos, aunque solamente Raquel mantenía su mirada-. ¿Da miedo el futuro? Carlos movió su cabeza afirmativamente pero sin apartar la vista del papel que escondía a su dibujo.

El mediador le entregó su rotulador a Raquel y con un gesto indicó a la niña la papelógrafa. Hubo un silencio y la niña miró a su madre con una clara mueca dubitativa, pero ésta tampoco tenía muy claro qué debía hacer.

El padre se dirigió al mediador tratando de diluir la tensión:

— Tiene que hacer el dibujo ahí ¿no? —Y con un gesto indicaba a la niña que dibujase.

— Bueno. Estamos pensando en lo que queremos que ocurra en el futuro de esta familia. En cómo nos gustaría que fuese —y se dirigió a Raquel aunque no habló solo para ella-. Pero hay cosas que dan miedo ¿verdad, Carlos? ¿Queréis que siga habiendo fantasmas? —y Raquel, de pie junto al cielo abierto del futuro dijo que no con su cabeza. Y Carlos, que había levantado su mirada dijo que no de la misma forma.

El mediador miró a los padres y volvió a dirigirse a los niños.

— Todos tenemos miedo a los fantasmas. Vuestros padres también. Y yo. Pensar en cómo vencerlos nos ayuda a pensar en cómo queremos que sean las cosas. Así que podemos dibujar un futuro sin fantasmas. ¿Qué tendría que tener?

Los dibujos de los niños habían permitido un cambio en la comunicación. El mediador, acostumbrado a trabajar con adultos reconoció que las imágenes pueden ser tan valiosas como los conceptos. O más. Y mientras pensaba en ello observaba que Raquel dibujaba un futuro en el que había dos niños cogidos de la mano. Y así, uno tras otro, hijos y padres fueron llenando el abismo de soles, casas con las puertas abiertas, símbolos que indicaban dinero, caminos... Los fantasmas se habían transformado en deseos y habían perdido parte de su poder intimidatorio. Pero no todos.

Aquel encuentro terminó con cierto humor negro y con un acuerdo esperanzador. Cuando los padres coincidieron en que era prioritario que los niños se viesan, Carlos, mucho más relajado, señaló que se veían todos los días ¡en el colegio! El mediador casi no oyó a Raquel contestar (“sí, pero ni me miras ni me hablas”) entre las risas de los padres (con las que seguramente sacaban parte de la tensión acumulada) y sus propios pensamientos (“¿cómo es posible que no se me haya ocurrido preguntar eso antes?”). Uno de los temas centrales en las conversaciones anteriores era que los niños no se veían, pero a ninguno de los adultos se le había ocurrido pensar en el colegio. El mediador comprendía que los padres no hablasen de ello. Por una parte era obvio que se veían allí y, por otra, estaban demasiado centrados en sus posiciones relacionales en el conflicto como para darle importancia a esa cuestión. Pero él tenía que haberlo visto. El fantasma de la ruptura entre los hermanos había invadido buena parte de sus actuaciones y había dejado de lado lo evidente.

Curiosamente todos se reían y a él le parecía todo un poco absurdo. Aún no se daba cuenta que estaba junto a una familia que había retomado su manera particular de comunicarse y él empezaba a sobrar en aquella escena. Cuando se despedían ese día, nadie se había percatado que había un halo de tristeza en sus palabras finales. Habían acordado que los niños se hablarían en el colegio y que una tarde de la semana siguiente la pasarían juntos en casa (la casa en la que seguían viviendo Carlos y su padre) y que otra tarde la pasarían en casa de los abuelos maternos (donde ahora vivían Raquel y su madre) y también habían acordado que los padres volverían otro día para hablar de cómo

hacer para que los niños viviesen juntos con dos padres que vivían separados. Todo eso habían acordado. Era mucho, pero el mediador no podía evitar la sensación de tristeza que le había invadido mientras desenvolvía e intentaba alisar los dibujos arrugados que habían quedado sobre la mesa una vez que todos se hubieron ido.

Volvió a pensar en el éxito de la mediación y en el papel que los mediadores tienen en él. Era consciente que en este caso su intervención ya no iba a durar mucho más. Se había producido ese punto de inflexión (que él llamaba “punto de desbloqueo”) a partir del cual era de esperar que los recursos familiares hiciesen su trabajo. Y eso le producía satisfacción. Pero pensar en el final siempre produce cierta desazón. No podía negarlo. Le había cogido cariño a esa familia. Buscar los motivos era algo que no le apetecía en aquel momento, pero suponía por dónde podía encontrarlos. No era la primera vez que eso le ocurría. Y sonrió en silencio pensando en el mar, en el suave balanceo de las olas, en la inutilidad de nadar contracorriente y en la neutralidad que predicaban quienes no han tenido la suerte de dejarse llevar por la fuerza de un proceso de mediación.

“El silencio permite comprender y someter a reflexión todos los elementos subjetivos presentes en los participantes, quienes determinan la originalidad y la riqueza de esa interacción. La torpeza del que observa las relaciones familiares no consiste en no saber cómo dirigirse a los otros, sino en no saber todavía cómo dirigirse a sí mismo. Lograr esto último es aún más complejo (Andolfi, 2003).

Tal y como se imaginaba el mediador, solamente hubo un encuentro más. Desde el último las corrientes habían evolucionado en un único sentido. Los hermanos habían recuperado cierta normalidad en el colegio, se habían cumplido los acuerdos sobre los contactos externos, los padres habían hablado con los abogados y los abogados habían hablado entre ellos y cada uno había vuelto a hablar con su cliente. La fuerza de aquella marea era imparable y, en el último encuentro, al mediador no le sorprendió tener que constatarlo.

Quedaban algunos fantasmas por desenmascarar. Uno de ellos tenía que ver con las posibles infidelidades y las futuras relaciones de pareja. Ella volvió a aclararle a él que no hubo ninguna otra persona, aunque si fue cierto que se sintió muy atraída por alguien y que ese fue el detonante para plantearse definitivamente una ruptura que ya llevaba tiempo sopesando. El mediador buscó el reconocimiento de él hacia la actitud sincera y valiente de ella y tuvo que promover que ella le legitimase a él cuando hablaron de su reacción ante la propuesta de ruptura. Antes de aquel momento, ella llevaba tiempo separándose y él llevaba tiempo negando la evidencia. Tardó en decidir que esa era la única alternativa y hasta ese momento su actitud fue de rechazo hacia ella. No pudo evitar que su hijo sintiese lo mismo y le fue imposible convencerle de que hiciese lo que él era incapaz de hacer.

Ambos se felicitaron por haber decidido llevar a cabo un encuentro con sus hijos. Ese fue el momento decisivo, reconocieron. Solo necesitaban esa posibilidad para permitir que sus hijos hicieran lo que sabían hacer: poner sobre la mesa las emociones que los adultos tienen miedo de desvelar. Y las emociones permitieron dibujar un futuro más posible en el que los niños se-

guirían viviendo juntos en dos domicilios cercanos (sus nuevas casas) en los que viviría cada uno de sus padres. Y estos no iban a ser amigos, al menos por el momento, pero habían decidido no ser enemigos. Y eso era mucho. Su último acuerdo consistió en remitirle un escrito conjunto al juez agradeciéndole que les hubiera dado la oportunidad de hablar.

Y así terminó la parte del camino que recorrieron junto al mediador. Pero no terminó allí el camino. Durante algún tiempo el espacio que habían diseñado entre todos seguiría formando parte de sus vidas. Ellos no le olvidarían tan fácilmente y el mediador tampoco a ellos. Cuando se fueron, revisó de nuevo la carpeta donde había incluido los fantasmas arrugados. Plegó cuidadosamente las hojas del papelógrafo llenas de luces y sombras, y colocó el expediente junto a los demás, allí donde habitaban otros fantasmas que nunca habían sido dibujados.

Y ella y él se habían despedido con un apretón manos, como dos socios que aprueban un futuro de colaboración, pero sin mayores muestras de afecto. Él se fue andando y no pudo evitar el recuerdo de aquella canción: “Seré muy breve: te he perdido y esto duele...”

Ella cogió un taxi y se distrajo escuchando en la radio algo sobre una montaña escondida en las aguas del Cantábrico. Puede que fuera una fantasía o una realidad, pero (decían) hay quien se sumerge en el mar o se sube al Faro de Lastres para descubrir en el fondo esa montaña oculta.

“La metáfora se presta a que la utilicen los miembros de la familia para expresar estados de ánimo o situaciones de vínculo. Parece que la metáfora brotara de nuestro común reclamo de detener el perpetuo fluir de la realidad y apropiármolo; sería el intento de recuperar lo que se pierde en la experiencia de todos los días por medio de algo que lo recuerde” (Andolfi y col., 1982).

8. Volviendo al inicio de la mediación

Estamos acostumbrados a definir e interpretar la mediación desde la perspectiva de la persona mediadora. Así, casi sin darnos cuenta, tendemos a otorgar a esta figura un protagonismo tal que a veces choca con los principios esenciales de la mediación. En los procesos formativos de personas mediadoras damos especial relevancia a las técnicas e intentamos dar respuesta constantemente a la pregunta ¿cómo se media? Pero el *saber hacer* de un mediador es muchas veces un *no hacer* o un *dejar hacer* o incluso un *hacer que los otros hagan*. Hemos visto un ejemplo de ello.

Si asumimos el principio universalmente predicado de que en mediación el protagonismo es de las partes, una primera cuestión que nos ayude en nuestra reflexión podría ser ¿dónde comienza la mediación? Hay varias respuestas posibles y la mayoría de ellas coincidirán en situar ese inicio en algún punto asociado a la presencia de la persona mediadora, ya sea el primer contacto con las partes, aunque sea en un encuentro preliminar, o el momento en que aquellas firman su compromiso de

aceptación. Lo mismo ocurre con respecto al final. Habitualmente la mediación se acaba cuando el mediador despidе a las partes tras dar por finalizado el proceso.

Pero si pensamos desde la perspectiva de los otros protagonistas, la mediación puede empezar antes y acabar después. En este caso, por ejemplo, hemos visto cómo ella y él han incluido en sus pensamientos a la figura del mediador incluso antes de conocerle personalmente. Su posicionamiento ante el conflicto, sus relatos sobre el mismo comienzan a transformarse desde el momento en que tienen noticia de que esa posibilidad va a producirse. Para ellos, el espacio cognitivo de la mediación comenzó antes que el espacio físico o el relacional.

En este caso, por tanto, hemos visto algo de lo que muchas veces las personas mediadoras no son conscientes, y es que la mediación no ocurre solamente en sus despachos y durante las sesiones que ellas dirigen. Hay mucha mediación entre sesión y sesión, fuera del despacho. Hay mucho trabajo externo en el que cada uno de los participantes reflexiona, modifica sus posturas, examina sus necesidades, considera las de la otra parte, imagina o ensaya conversaciones... Y en esos procesos la figura de la persona mediadora también está presente, pero de otra manera. Y lo mismo ocurre cuando las sesiones se acaban, cuando se firman o no los acuerdos. El espacio virtual de la mediación sigue en marcha durante un tiempo, a veces mucho tiempo.

La mediación, entonces, comienza en el momento en que las partes consideran la posibilidad de que una tercera persona intervenga en su situación conflictiva con el fin de facilitar una gestión constructiva de la misma. Cuando hablamos de mediación podemos pensar en varios contextos que se entrelazan pero que no siempre son temporalmente coincidentes. Así podemos hablar de un contexto cognitivo, de un contexto relacional, de un contexto espacial... Todos ellos son mediación.

9. Desjudicialización familiar.

Esta es una mediación intrajudicial, si entendemos por tal una mediación que comienza una vez que se ha iniciado un procedimiento judicial. Sabemos que este término puede conllevar el riesgo de inducir a los participantes en la mediación a pensar que los términos de sus posibles conversaciones están restringidos a aquello que debe decidirse en dicho procedimiento. Esto podría suponer una limitación en la capacidad de decisión de las partes ya que son ellas quienes única y exclusivamente deberían tener el poder de decidir sobre qué hablar. Si no se tiene este aspecto en cuenta, podríamos estar entendiendo el concepto *mediación intrajudicial* como un paréntesis en medio de un proceso más amplio donde las definiciones iniciales y finales del conflicto vienen delimitadas por las posiciones planteadas en el juzgado.

La *desjudicialización* implica la oportunidad de que los participantes en la mediación aborden sus diferencias y sus puntos en común desde una perspectiva familiar, con sus propias reglas y su lenguaje particular. Y eso necesita un tiempo. El proceso de *desjudicialización* suele ser más costoso cuanto mayor haya sido la

intensidad de la *judicialización* de las relaciones familiares, y eso depende de la duración de los procesos anteriores, de la implicación en los mismos, de la crudeza de los argumentos utilizados, de las estrategias empleadas o de los daños producidos.

Pretender que en una *sesión informativa* se lleve a cabo esta inflexión sería ingenuo, aunque en ocasiones es posible. Además, el propio concepto a veces es confuso pues parece que sea la persona mediadora quien informa y los protagonistas quienes escuchan. Preferimos hablar de encuentros preliminares. En ellos la información es relevante, en todas las direcciones, pero sobre todo entre ellos. Como hemos visto, pueden extenderse a más de una sesión. Es el tiempo que los participantes necesitaron para decidir sin querían participar en un proceso formal de mediación (recordemos que ya lo estaban haciendo mucho antes). Parece que el mediador hubiera estado dispuesto a extender aún más ese periodo previo si ello hubiese sido necesario. ¿Qué son tres encuentros ante meses e incluso años de litigio? Los protagonistas de esta historia necesitaron algo más que las explicaciones del mediador para decidir que querían participar. Es verdad que conocer en qué consistía la mediación y conocer al mediador (y confiar en él) fueron factores decisivos. Pero hubo momentos (los hay en todas las mediaciones) en que ellos no estaban escuchando lo que el mediador les decía. Estaban más pendientes de lo que ocurría entre ellos, de sus sensaciones, de sus recuerdos. Este aspecto, junto con sus pensamientos posteriores a ese primer encuentro, es fundamental a la hora de decidir. Y las personas mediadoras deben ser conscientes de ello. Pensar que la decisión de participar en la mediación depende exclusivamente de la información unidireccional que parte de ellas es, de nuevo, reducir enormemente el potencial protagonismo de las partes.

La participación de los abogados en esos primeros momentos también fue decisiva. El mediador reconoce su papel (y su poder). Quiere que sean sus aliados en el proceso, no sus enemigos. Y la mejor forma es reconocerlos y legitimarlos. Seguirán estando presentes a lo largo del camino, pero de otra manera. Es un paso más en la progresiva *desjudicialización*.

El otro paso corresponde a la pareja (de padres). El mediador pone ante su mirada al futuro una encrucijada: tienen que decidir si quieren ser padres que colaboran o que se enfrentan, amigos o enemigos, socios o rivales... Esta disyuntiva (basada en la técnica del dilema) supone una definición diferente de su relación. Una definición necesaria tras su ruptura como pareja, pero que aún no se ha llevado a cabo por las dimensiones que ha adquirido su conflicto. No será seguramente un tema que se trabaje directamente en un proceso de mediación pero es un tema inevitable para ellos, pues de su resolución dependerá que sigan uno u otro camino.

10. Entre la no directividad y la directividad.

La coherencia con el principio de autodeterminación de las partes implica que la persona mediadora no es quien guía en el camino. Más bien es alguien que acompa-

ña y que ante las dificultades pone sus recursos al servicio del avance. Por eso a veces debe dirigir. Hay varios movimientos que ejemplifican esto en el caso. El mediador no cita a las partes porque el juzgado lo ha dicho. Son ellas, a través de sus abogados quienes solicitan su intervención. Permite que estos asistan al primer encuentro, pero los invita a salir cuando parece que es el momento adecuado para que los auténticos protagonistas se queden a solas con él. Alarga los encuentros preliminares hasta el límite necesario para que ellos puedan decidir sobre su participación. Inicia los encuentros con preguntas dirigidas a provocar la comunicación entre ellos. Su actitud es la de una invitación abierta a que inicien el diálogo. Deja que hablen y no interviene si no es necesario. Permite que los niños participen en la mediación porque eso es lo que desean sus padres y, sobre todo, recoge la metáfora que los pequeños les regalaron a través de sus dibujos para devolvérsela a los padres en forma de una nueva oferta de diálogo.

Este planteamiento cuestiona la idea de la mediación como un proceso en el que sus “fases” adquieren un valor relevante. Aquí no hay pasos previamente definidos. No hay un método al que los participantes deban adaptarse. El método son sus propias conversaciones. Una parte de ellas se producen en presencia del mediador. Este tiene una función provocadora, es testigo aceptado por todos e intenta moldearlas y modularlas para facilitar su eficacia. Pero hay otras que se llevan a cabo en su ausencia y que también forman parte importante de la mediación. Todas conducen al resultado final. Por eso la mediación no es un proceso de fases, por eso las personas mediadoras no deben preocuparse excesivamente por marcar el camino sino más bien por observar la manera de caminar que tienen las partes. Pero éstas, no siempre se encuentran en condiciones de hacerlo y es entonces cuando una mayor directividad en el recorrido se hace necesaria.

Desde esta perspectiva, observamos que la persona mediadora se centra más en el “cómo” que en el “qué”. No es tan importante el contenido sobre el que se discute como la forma de hacerlo. Así, el mediador, desprendido del método predefinido y liberado de la responsabilidad del contenido, puede centrarse en observar la manera en que los protagonistas abordan sus diferencias e intentan resolverlas y puede participar en ese proceso de forma precisa sin miedo a manipular o a perder la neutralidad o la imparcialidad. Procura permitir que las conversaciones en su presencia sean similares a como lo serían en su ausencia si se diesen las condiciones adecuadas. Su responsabilidad es facilitar que esas condiciones se den.

11. Metáforas.

El empleo de metáforas en mediación puede resultar de gran utilidad en la medida que proponen a las partes un diálogo diferente, en un lugar más propicio para el encuentro. La metáfora permite abandonar el espacio racional de las posiciones y los intereses y permite superar el espacio puramente emocional cuando éste no tiene las condiciones necesarias para el avance y más bien se está convirtiendo en un obstáculo. La metáfora ofrece un espacio intermedio que no pierde de vista el

terreno de las decisiones al tiempo que coloca las emociones en un lugar más fácilmente manejable. El “como si” del territorio metafórico garantiza diálogos menos comprometidos en los que no son necesarias las agendas ocultas y las partes pueden sentirse más seguras en determinados momentos del proceso de la mediación.

Las metáforas suelen ser propuestas por la propia familia. Todas tienen las suyas. En este caso fueron los niños los que ofrecieron la imagen de los fantasmas. Pero los padres también tenían las suyas propias, privadas. Siempre están ahí, como en la vida misma. El mediador simplemente debe estar atento a su aparición y rescatarlas, si es necesario, como un nuevo escenario de diálogo. Hablar de los fantasmas es menos doloroso que hablar directamente de los miedos. Las metáforas permiten abordar las emociones de una manera indirecta evitando el riesgo de poner en evidencia o en situación de debilidad a alguno de los protagonistas.

En ocasiones es la propia persona mediadora quien sugiere el espacio metafórico a modo de historia alternativa construida con las informaciones de los participantes. Sabemos que el empleo de cuentos o pequeñas narraciones para resumir lo que está pasando muchas veces es más efectivo que el empleo de técnicas más centradas en los aspectos racionales del diálogo. De nuevo, este abanico de técnicas invita a las personas mediadoras a escuchar con un cerebro emocional, a conectar los discursos conflictivos con imágenes nuevas que forman parte de lo que allí está ocurriendo. Pero tienen que estar dispuestas a que, de vez en cuando, algún niño travieso tire inesperadamente de la sábana y descubra lo que se oculta detrás de sus propios fantasmas.

BIBLIOGRAFÍA

- Andolfi, M., Angelo, C., Menghi, P. y Nicolò-Corigliano, A.M. (1982): *Detrás de la máscara familiar*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Andolfi, M. (2003): *El coloquio relacional*, Barcelona, Paidós.
- Beavers, W.R. y Hampson, R.B. (1995): *Familias exitosas*, Barcelona, Paidós.
- Bowen, M. (1991): *De la familia al individuo*, Barcelona, Paidós.
- Navarro, J. (2000): “Ruptura familiar: proceso de intervención”, en Navarro, J. y Pereira, J. (comp.), *Parejas en situaciones especiales*, Barcelona, Paidós.
- Saccu, C. (1990): “El niño: de objeto de cuidados a instrumento de formación relacional”, en AcKermans, A. y Andolfi, M. (coord.), *La creación del sistema terapéutico*, Barcelona, Paidós.